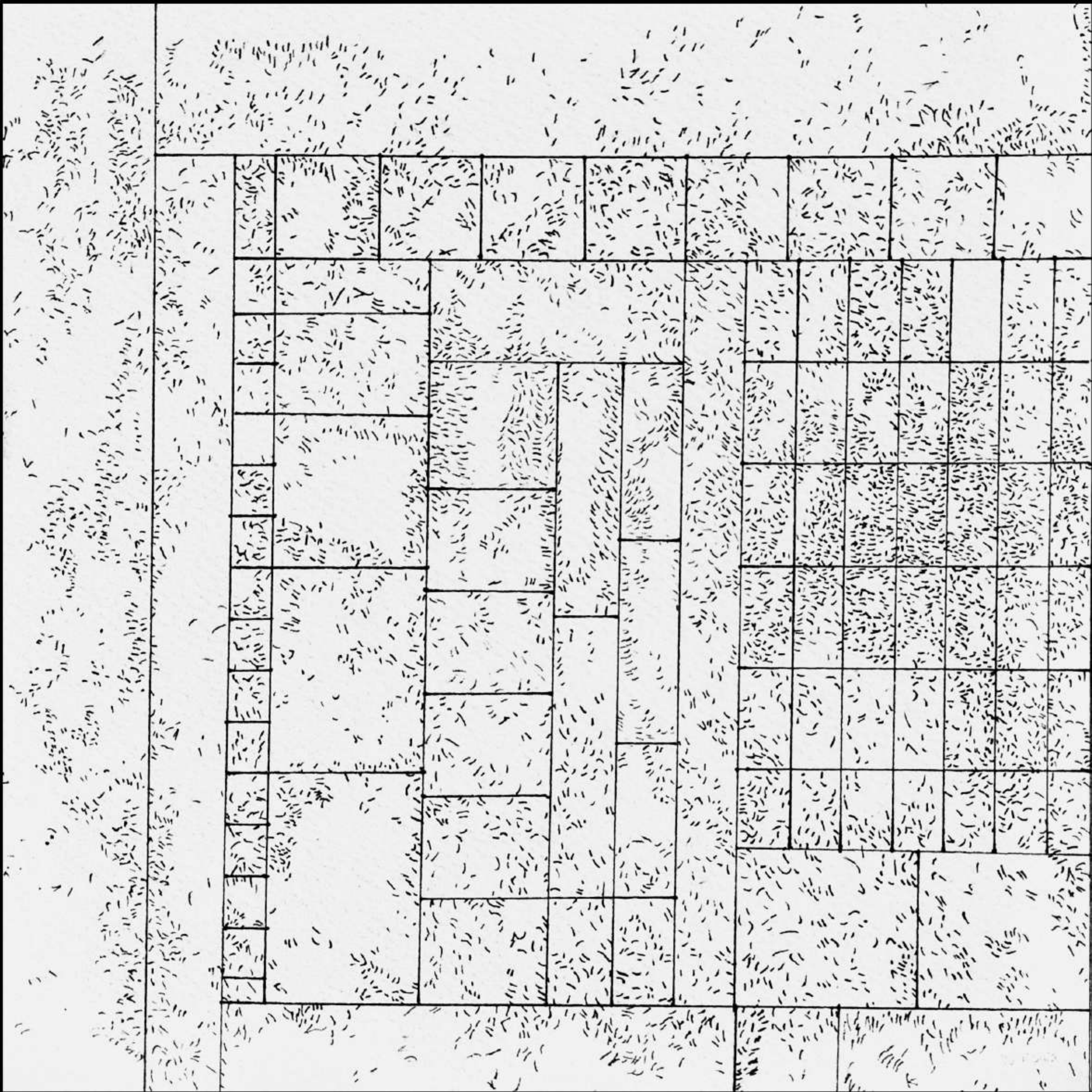




Corrientes de aire

Octavo número del fanzine de Serpiente de Montaña
Editado por Flores de Fuego y Pájaros del Monte
Publicado el 31 de mayo de 2021
Bogotá- Medellín- Colombia



Editorial

Sobre una rama delgada y frágil dos polluelos emprenden una escalada torpe, visualmente voluminosa y, además, lenta. Un tercer polluelo picotea el césped húmedo y, el piar de los tres, se convierte de inmediato en un canto que es algarabía. La madre y el padre de las tres pequeñas aves miran a sus crías desde las copas de un árbol grueso, viejo y repleto de musgo. La noche anterior llovió y todo alrededor es un chisporreteo de agua que salpica con el el movimiento que acompaña la caída: ¡plaf!, ¡pío!, ¡pluf!, ¡pío!, ¡pío!, ¡plaf!, ¡plaf!, ¡pío!, ¡plaf!, ¡plaf!

Observo desde detrás de las rejas el borboteo de la vida que se abre paso sin necesidad de justificación alguna: cinco aves existen al frente mío; cinco aves habitan y crecen en el jardín.

Durante varias mañanas consecutivas detuve mi propia marcha laboral y, como si nada más importara –y nada más importó–, me dediqué a contemplar lo que ocurría. El aire meció las aves del paraíso –Paradisaeidae– que ahora son el hogar de pequeños colibríes que agitados mueven sus alas mientras chupan néctar en las tardes y, a no más de tres metros, la misma escena volvió a repetirse: dos bolas peludas y cetrinas escalaban una rama enclenque que apenas podía soportar el peso de cuerpos redondos que se zarandeaban. Un par de segundos después el piso recibía a las aves que aprendían poco a poco volar. Rebotaban contra el suelo, se sacudían y empezaban de nuevo. Una tercera ave se movía más despacio y también jugaba en esa danza de elementos.

Una mañana no aparecieron más.

No hubo aves bamboleándose con gracia y fulgor en las mañanas.

No hubo más caídas, pero el viento seguía ahí, a la espera de aquellas aves que eran masa, volumen y canto.

No las volví a ver.

Intenté invocarlas las mañanas siguientes a través de la cumbia de Andrés Landero:

> Yo una tarde en la montaña
> oí cantar al corco vaho
> Yo una tarde en la montaña
> oí cantar al corco vaho.

No aparecieron más. Escribo esta editorial como un conjuro, para pedir su regreso así sea esporádico y volver a verlas subir, bajar, piar y continuar de nuevo.

Me he preguntado, en estos días de sol, por el aire, la repetición y el movimiento. Pongo mis falanges sobre las teclas borrosas de mi computadora para producir un sonido que no es el sonido de las pavas, como quien quiere replicar para alcanzarlas, pero es imposible atajar el aire –y cuando se logra lo que queda es vaho–; es caprichoso y autoritario cercar el movimiento y resulta aterrador, incluso en medio de la emoción, apelar a la quietud. No están más y tal vez no vuelvan nunca y a lo mejor ahora vuelan y cantan sobre otros árboles.

Corrientes de aire transcurrió en el mes de la pendulación, el movimiento y el deceso. Afuera, lejos de la rejas, lo que deja de ocurrir son aquellas vidas que inquietas buscan otra salida. Y, a su vez, lo que brota es la vida, una distinta e irreconocible que destellante se cobija en los pliegues del anonimato y el desconocimiento. Las siguientes páginas son constancia de diferentes flujos de aire y, a su vez, una evocación sobre cómo la vida siempre pelecha e incluye sorpresa y sonido que no pueden atajarse.

La cometa

Entro a la casa y siento que el viento ha estado ahí. Reviso las cortinas, que están bien cerradas; las camas, tensamente tendidas; las tejas de latón que el sol de la mañana ha calentado agradablemente.

El piso está cubierto de florecitas de pasto que, con la luz que pasa cuando abro la puerta, parecen juntarse aterradas en los extremos del corredor. No les voy a hacer nada, les digo. Solo quiero que el viento salga.

Pero el viento no responde.

Busco en un cuarto, busco en otro, busco en el baño.

En una gorra gris con el logo de una ONG, algún pájaro, seguramente un cucarachero, ha armado su nido. Tiene unos huevos diminutos y pecosos, tan frágiles que dan la impresión de que si se miran con atención podrían estallar. De pronto haya sido él quien lo dejó entrar. O quien le mostró por dónde.

En el piso se acumulan algunos de los palitos que ha traído y que el viento, por cortesía con su socio, no ha dispersado.

Le tengo miedo al viento por una razón chistosa: hace poco descubrí que en mi organización astrológica no tengo nada en las casas de tierra. Y el viento, si es fuerte, y el viento acá es tremendo, me puede hacer perder para siempre.

Me he preparado psicológicamente, he leído sobre los animales y sus maneras de orientarse, y sé que, si el viento me lleva, tengo celular y ellos no, pero no quiero que ningún satélite sepa dónde estoy. ¿Será por la ausencia de tierra en mis signos?

Tomo aire, que se siente renovado y no cargado de partículas como debería. Normalmente saborearía su limpieza, lo respiraría con gusto, golosamente, pero ahora me angustio: claro que el viento estuvo acá.

Salgo y camino entre los árboles que están inusualmente silenciosos. ¿Será que no tienen ramas secas que se rocen entre sí? Absurdo, siempre hay ramas secas. Si no hacen ruido es porque el viento está escondido en mi casa. Me encuentro con un vecino y le pregunto si ha notado algo raro: tejas sueltas, ventanas rotas, ruidos a deshoras, silencios raros. No, no ha notado nada. Alcanzo a ver a su hijo en una montaña, volando una cometa.

¿De dónde sacaron la cometa?, le pregunto. El vecino no dice nada. Quizás la pregunta fue demasiado abrupta. Quiero una yo también, explico.

El vecino se tranquiliza. La hicimos acá mismo. Trajimos la cuerda y el celofán del pueblo y la armamos rápido, con cañabrava y pegante y, con unos retazos que teníamos por ahí, le hicimos la cola.

Se la quiero pedir prestada, pero me da pena. Soy un hombre, después de todo.

Los niños juegan con cometas y los hombres juegan a emborracharse y a no tenerle miedo a nada. Pero esos son los hombres que tienen al menos un astro en un signo de tierra, no como yo.

El niño se acerca a saludar, pero se tropieza con la cola de la cometa, que se desprende. No se queja ni llora y se levanta rápido, pero no lo suficiente como para atrapar el cordel que sale rodando, arrastrado por la cometa que queda enredada en lo alto de un eucalipto huesudo y medio muerto. Y ahí descansa, quieta entre las ramas grises, como una advertencia macabra, aunque no sé para quién. De pronto no para mí, sino para el viento que se ha entrado a mi casa.

El vecino y el niño intentan bajarla un rato, le tiran piedras, consiguen una rama flaca y larga que casi la roza, pero no. Se van. Hay algo conmovedor en las dos figuras que se alejan: la tristeza del pequeño y el abrazo del grande que es pura protección y consuelo

Traigo una escalera de la casa y, ahora sí, con la rama flaca, alcanzo la cometa. Mañana se las devuelvo, me digo. La miro con cuidado. Es un hexágono azul brillante, con el plástico no tan tenso como en las cometas industriales y con manchas de pegante en las costuras, pero la cañabrava ha sido pulida con delicadeza y cuidado, casi no pesa. Tomo el centro y lo pongo en mi dedo índice: se sostiene en perfecto equilibrio. El árbol le abrió un hueco cerca de uno de los ejes, pero, por lo demás, está intacta.

Regreso a la casa, me paro frente a la puerta abierta y la hago girar. Desde lo más profundo de su interior se oye un carraspeo. La hago acelerar hasta formar frente a mí un círculo borroso y azul. El carraspeo aumenta. Hago un baile extraño, haciéndola dar vueltas en distintas direcciones mientras canto: viento, viento, vete de ahí. La llevo al frente, encima, atrás, a un lado y al otro. Viento, viento, vete de ahí.

Por un momento, solo se oye el silbar de la cometa y mi respiración agitada por el esfuerzo, pero luego un estruendo comienza a oírse. Es el viento que está recorriendo toda la casa, desde el puro fondo, haciendo tartamudear las tejas, expulsando las semillas de pasto, dispersando por fin los palitos que el cucarachero dejó caer. Y alcanzo a oler a montaña y a aves, a nidos desbaratados, al calor de un huevo empollado, a árboles caídos y descomponiéndose por la humedad, a hongos que crecen pacientemente a la sombra, a tierra. Tierra, la misma tierra que me hace falta, que me jala sin que yo, por la particularidad astral antes señalada, entienda qué hacer. Soy un bailarín malogrado que da vueltas sin rumbo por desconocer la música, los pasos, su mismo cuerpo, la pista donde está.

Algo suave choca contra mí, aunque no, no es un choque. Un siseo me pasa por encima, mejor, me envuelve, me da vueltas, me marea y termina por raparme la cometa en mis manos, la veo elevarse en el aire, lejos, muy lejos. Más arriba del eucalipto más alto, más arriba de los robles y las montañas. Es un punto azul oscuro en la mitad de un cielo azul claro que se aleja velozmente con un zumbido cada vez menos audible.

Respiro aliviado. Despelucado también.

Tomo nota de que, cuando vaya al pueblo, tengo que acordarme de reponerles la cometa.



Nubes en el tiempo

Las bondades

En las ramas de un vicio, recogida, doliente y dormida,
un ala negra que el viento declara, protectora y siniestra,
me acompaña en el paso de la vida entera.
Como una sepultura cubierta de fe, con un filo hiriente,
desdeño aquel fango de dudas y fiebres.
Alcánzame en los días, en el umbral del hielo más profundo,
recibe un don que aún no es nocturno.
La certeza es la espina y yo el ciervo que muere,
calada en la ruina, una roca, y llueve.
Saber que retienes en tus manos, en tus horas,
las bondades que no soy y que seré. Todas.



Vientos

Vienen del sur
Cargados de ciudad
Bajan líquidos del páramo
Limpios de ciudad
Limpios de males

Del padre y un hijo

Los días del cielo atravesado,
y en mí, un pájaro grita.
Los días del vértigo enraizado,
y en ti, la montaña marchita.

El miedo que nadó, impaciente;
las dudas del fondo del sueño.
Yo siempre fui un lienzo dormido
y tú la memoria de un trueno.

Mastica la piel tus rutinas,
encima del bosque hay un nido,
arrullo del dedo consciente,
debajo la sombra de un niño.

No hay más para imaginar;
garganta que bebió no llora.
Concretas las nubes del tiempo,
vestigios queridos ahora.

Paraba la vida paralela;
la grieta, de alturas, llamaba.
Todas las mismas miserias,
los nuevos también hablaban.

Y aun cuando en medio del ciclo,
ese hondo brillo flotaba,
lo bello moría y esos
eran los días en que yo más te amaba.



Silencio

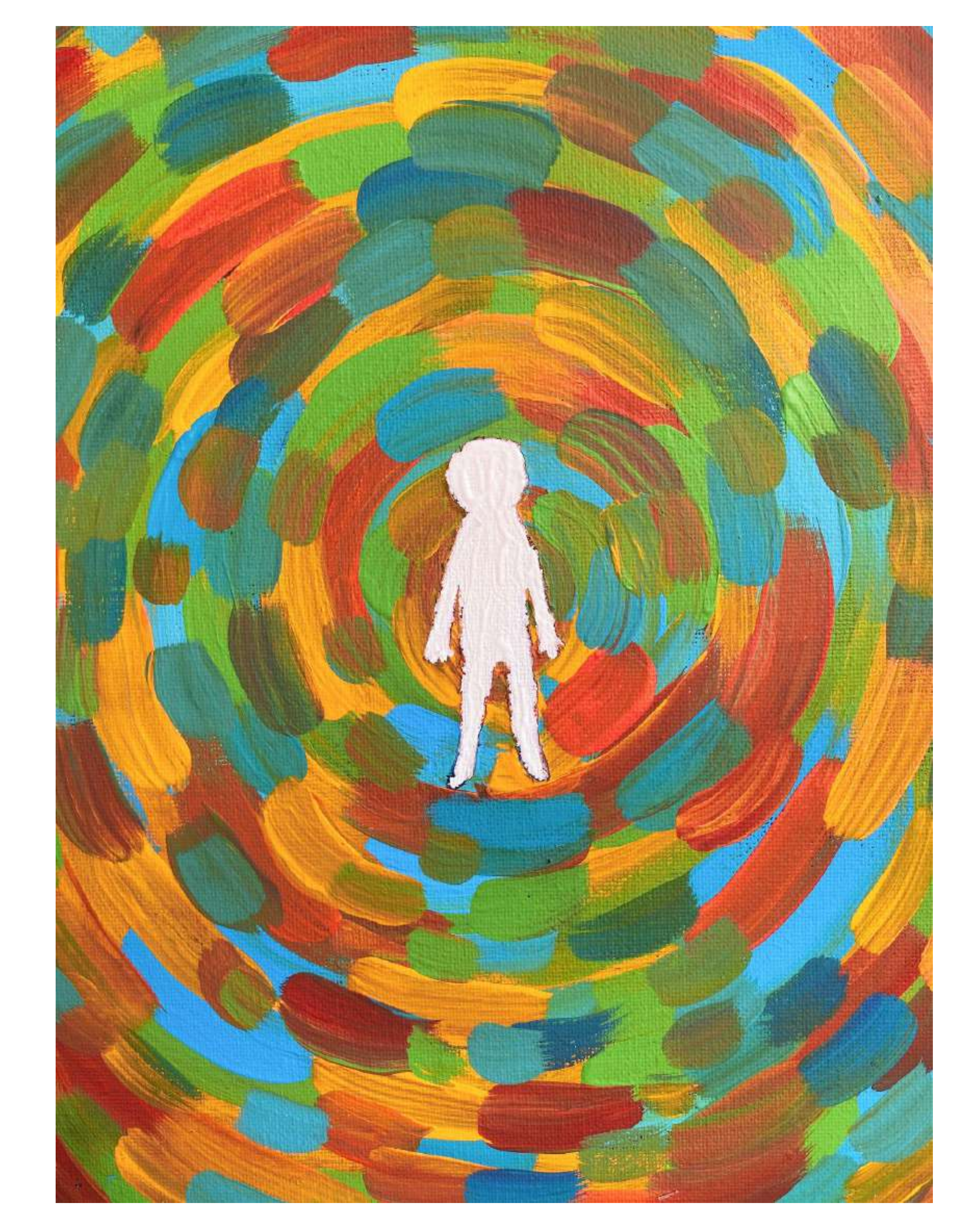
¿Cómo sería estar en el centro de un huracán? Ojos cerrados, repitiendo la misma frase sin sentido una y otra vez, intentando ahogar el silbido del viento. ¿Cuánta fuerza le haría falta al viento para levantarme? Solo un soplo, brazos abiertos.

El dulce aroma del pan traído por la brisa, el pelo en la cara como mil astillas clavándose en la piel, el humo amargo de un cigarrillo ajeno, el hollín de los buses viejos, el ruido, un aliento cálido, los recuerdos, los rayos de sol, más ruido.

El ruido viene en olas, como el mar.

Y cuánto más fuerte es el viento más creo que podría ahogarme, sin un lugar de donde sostenerse, incontrolable. Podría levantarme como una hoja de papel, como las alas de los pájaros para no morir.

Un remolino, una caricia, un golpe fuerte. El estruendo de la ventana cerrando el minúsculo espacio que permitía la entrada del viento, causando los aullidos de fantasmas. Ahora le toca al silencio. Ahora es mi turno de gritar.



Tormenta

Una casa desordenada, hogar de la mujer que invoca una tormenta. Cada vez que salía de su casa las gotas de agua se dejaban caer en la ciudad y ningún dispositivo, pronóstico o señor hablando en el televisor podría verlo venir, nadie podría ver venir que cada vez que salía de su casa el cielo se volvía gris, el viento aullaba como un lobo hambriento cuya presa eran las hojas de los árboles que se movían como si hubiera un tornado.

No siempre había sido así, no cada vez que salía de su casa desataba un diluvio. Pero no era capaz de recordar cuándo había sido distinto, pues los paseos con sus padres al parque habían dejado de ocurrir hace tiempo, junto con las mañanas de compras o las ropas de verano, pues la tormenta nunca la perdonaba. Sus amigos y familia la apoyaban a medias, le explicaban que con paraguas y ropas impermeables se arreglaba el problema, ellos no entendían que aunque lluvia y los vientos nunca paraban, la gente si paraba de juntarse con ella, pues a nadie le gusta tener sus zapatos nuevos mojados o chaquetas caras sucias por el agua de algún carro desgraciado que pasaba a mucha velocidad cerca de los charcos en las aceras.

Le tocaba estar bajo la tormenta totalmente sola. Eso había dejado de molestarle con el tiempo, pues en conjunto de los resfriados y la ropa con mal olor ese era el menor de sus problemas. Se había acostumbrado a la soledad como a la lluvia, pues ésta nunca le abandonaba, sin falta le mojaba las medias y le empañaba los lentes y aunque normalmente le molestaría había aprendido cómo dejarlo pasar, pues gritarle al cielo no sirve de nada.

No servía de nada, las nubes respondían con lluvias y ventarrones, eso la irritaba algunas noches, pues quería ser capaz de salir a comprar ropa al supermercado los jueves; quería ir a esas fiestas que se montaban en la ciudad los sábados; quería ser una persona normal y sin tormentas.

Una casa totalmente olvidada, el polvo acumulado en el suelo y las gotas de lluvia en sus ventanas. Ella siempre decía que no había necesidad de limpiar, pues el piso siempre se ensucia y a las ventanas siempre se le mojaban, además de que nadie nunca venía. "todos odian las tormentas" esa era la razón que se daba todos los días, ella también las odiaba, eran la razón por la que tenía que comer frío todos los días, la razón por la que sus mejillas siempre estaban húmedas. Culpaba a los truenos en noches claras por sus problemas de sueño, culpaba a la tormenta de todas y cada una de las desgracias de su vida, había empezado a pensar que quizás la tormenta ella era misma, aunque de cualquier manera odiaba a la tormenta tanto como se odiaba a sí misma.

Albahaca fresca

I.

Estoy más acostumbrado

al amor

por telepatía. Kali sabe.

Corriendo, microscópico en las carreteras aéreas:

cáscaras de

Yes Sir

No ma'am

Can I help you?

Fin de mes.

Adentro.

sostener

timbreHIWELCOMETOTHISANDTHATHOWMAYIHELPYOU?

esperar

Horas inhaladas vía retina, piel en mejillas,

o yemas de dedos.

suelto

II.

Estoy acompañado, aún,

sin estar sepultado como quiero.

¿Sentís dulce, frío, qué?

Oh, mi rostro, manchado de tierra húmeda.

Cada día lavo.

No quiero colibríes, rockeros o pop

sobre esta quijada.

Brillan el sol y la lluvia,

hermoses.

Extrañan ozono para darse.

¿Y si se hallan mañana?, ¿veremos afecto?

Ahora entiendo un algo

en la ropa de mi madre

cuando volvía de su oficina:

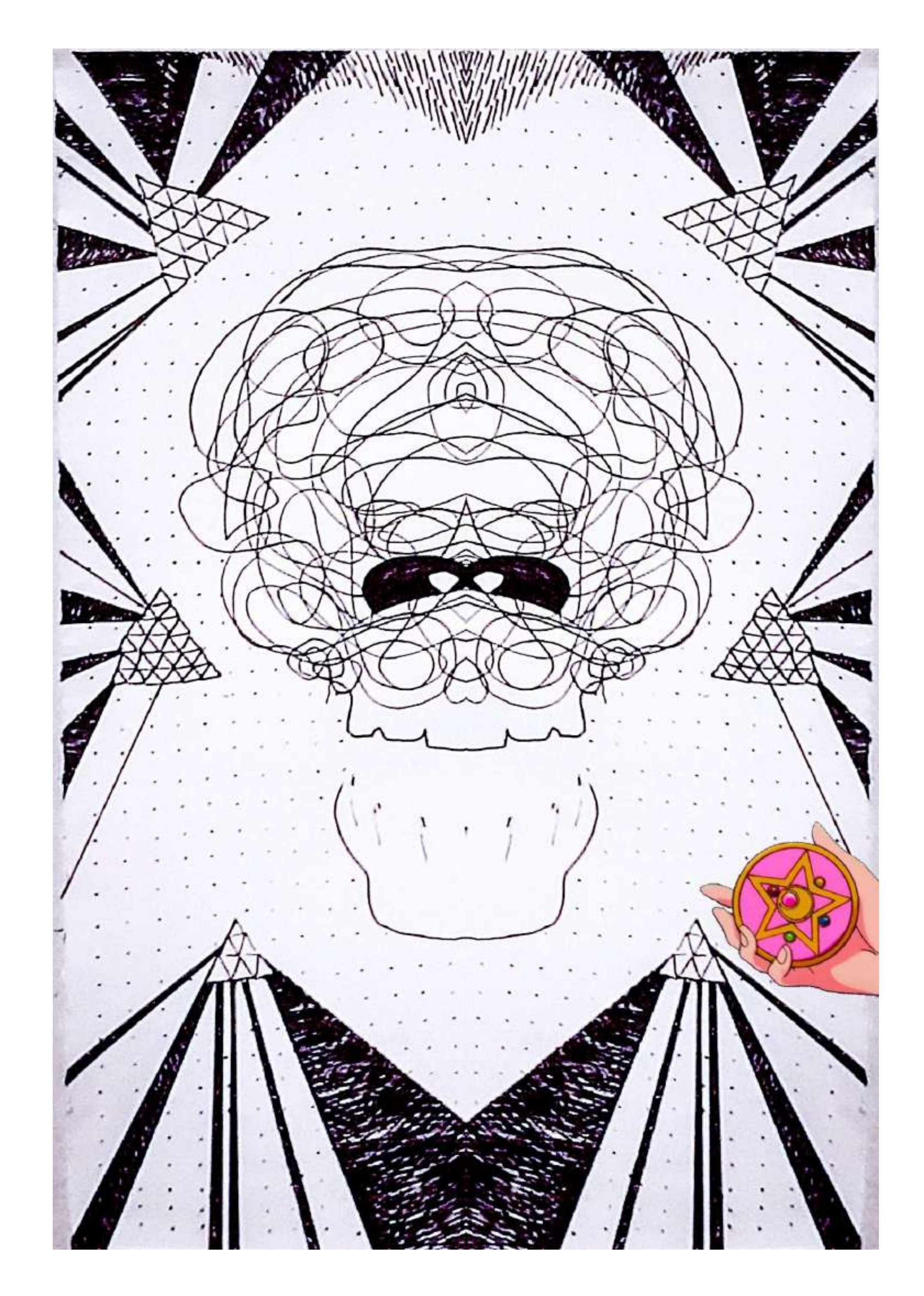
huele así mi cuarto,

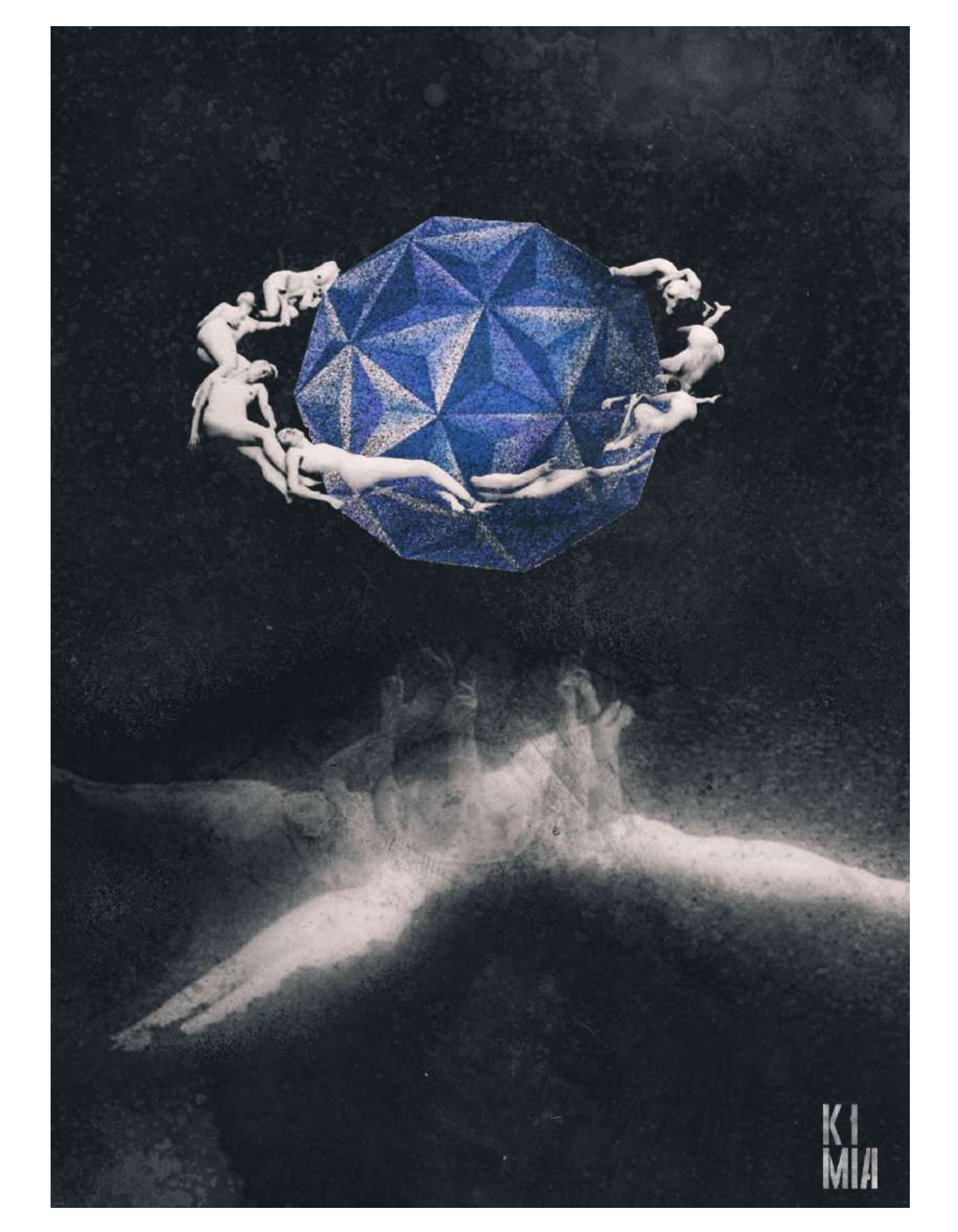
ahora huele a manzanas dulces y grises.

III.

Quiero beber pintura acrílica sin saber que es cerveza de frutos rojos.
Untar los dedos de fibras, no de coreografías.
No todos los olores tibios
caben en la palabra
veinte.
Algo levemente inclinado recuerda,
con emoción,
golondrinas y copetones en overol
entrando,
mientras se cocía nuestra arcilla modelada.

En mi músculo diafragma escribió alguien:
”la molécula besaba desenlaces”




KI
MIA

Donaire

Fue lo primero que vi: en forma de esfera que no se dejaba detallar, y justamente esa parecía ser su labor. Me gustó ver que las nubes corrieron cuando quiso pronunciarse, como si supieran que necesitaba escucharlo sin acercarme.

Era el sol entusiasta asomándose para indicar que debía comenzar a moverme. Al inicio no supe controlar el impulso y terminaba deteniéndome bruscamente, lo que me hizo zarandear varios gansos que pasaban volando, y cada vez que miraba al sol se estaba agitando de la risa, yendo de arriba abajo en un baile sarcástico, hasta que las nubes lo ocultaron de nuevo y se sonrojaron.

Al controlar mi movimiento logré pasar debajo de cuatro aviones, envolver tres globos aerostáticos, elevar dos paracaídas e impulsar un velero. Todo en un chasquido para divertirme, porque el cielo comenzaba a ser aburrido para practicar.

Quería presentarme a quienes viajaban en esos artefactos, así que me dejé llevar hasta una mujer que repetía un patrón incansablemente: un mechón de su cabello seguía escapándose de su oreja y ella lo volvía a guardar, siempre como si fuera la primera vez. Estaba comiendo una manzana con algo de mechón cada tres mordiscos, y tenía una mano lista para impedir que su cabello

se colara de nuevo. Su lucha era patética, sin aprendizaje o nuevas maniobras, por lo que me acerqué y alejé de una vez por todas cada cabello de su rostro. Pero la piel en sus brazos descubiertos se erizó, obligándola a abrazarse a sí misma y dejar caer la manzana en ese gesto instintivo. Como ningún mordisco hizo un agujero predominante, la manzana pudo rodar lejos de ella para ser olvidada.

Quise observar qué eran gestos de agrado, para entenderlos y no cometer el mismo error, y llegué escuchar cómo clarinetes y flautas tenían la autoridad suficiente para provocar a todos los pulmones que se les acercaran. Bastaba con sujetarlos para exponer una melodía cualquiera, como si el simple gesto de soplar garantizara una armonía, y todos en la orquesta parecían necesitarlo. Me acerqué a preguntar qué habían hecho para tener ese poder y de repente lo que estaba escuchando se detuvo; todo se convirtió en un desorden de cabellos y hojas que no quise ocasionar.

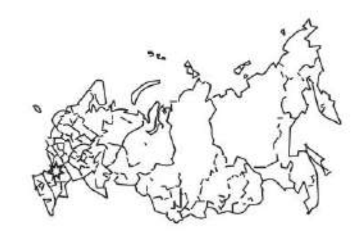
Me alejé avergonzado y terminé en el mismo cielo donde comencé. El sol se asomó de nuevo, me observó un rato, sin hacer alguna pregunta, y me llevó a un lugar lleno de personas. Allí señaló a un hombre sudando e intentando abanicarse con su mano. Me acerqué, menos eufórico, y con la sonrisa aliviada del hombre comprendí que al presentarme debo tener esa misma gentileza.

Quiero escribir el viento que sale de mi boca cuando nombro

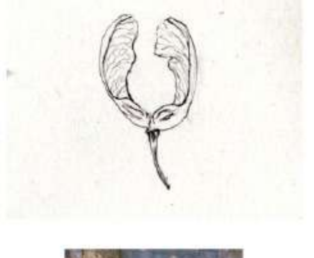
Entender ese lenguaje que solo yo hablo
que se irá conmigo
          que quedará flotando
a merced del sol
del agua
de la intemperie
soberano del sol
del agua
de la intemperie
Quiero leer las palabras
que mi aliento escribe
el mensaje que se escapa y es mío
entender cada suspiro
jadeo
soplido
lo que dice mi cuerpo cuando respiro

Quiero decirte un aire
que te de lluvia
que te nuble el cielo
que lo despeje
Lo que exhalo es lo que digo
no te nombro, te respiro.

Bicoidal/
semillas
siamés
Сиамский



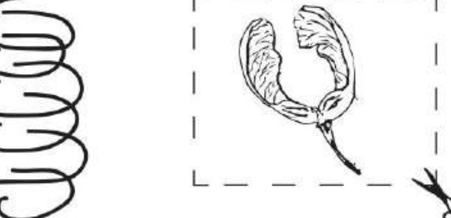


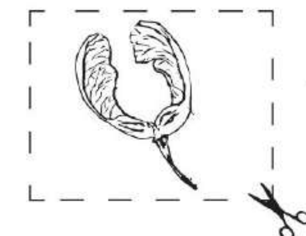




Se dispersa en:
Verano

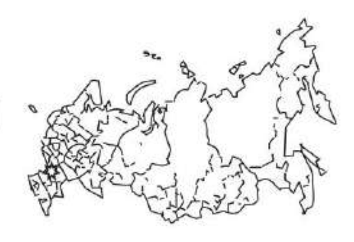
Semilla en forma de pinza de cangrejo que al caer hace movimientos rotatorios sobre su eje. Al aumentar el sonido de la caída probablemente suena como un helicóptero.





Tripiés
три фута

Se dispersa en:
Verano

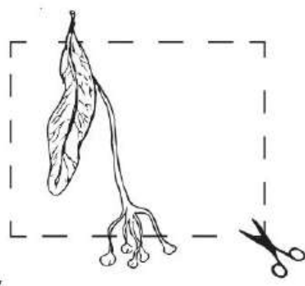


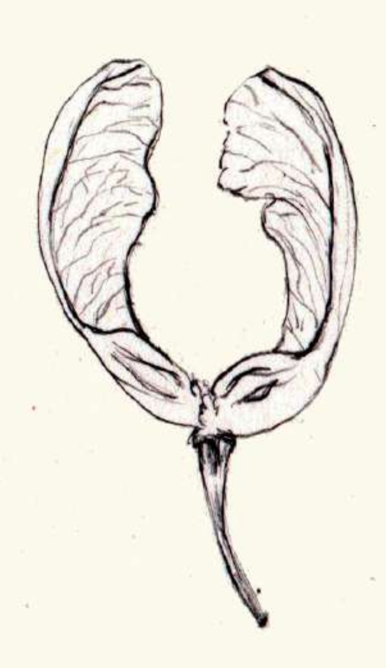


Encontrada al lado de un parque con dinosaurios de mentiras.

Su hoja principal funciona como la vela de un barco, Y el contrapeso lo hacen 3 semillas redondas.
Es muy parecido al insecto patinador de la familia Gerride











Vivos y muertos

Aquí queda
en esta página
con escasas palabras
el aire hecho tierra:

en un avión,
viendo por la ventana
escribo:
Veo el río, los montes, las nubes.
Estoy vivo.

Sam Shepard decía que
cuando el avión aterrizaba
sentía que regresaba
a “la tierra de los vivos”.

¿No es también el aire del reino de los vivos?

despojarme de la materia

para convertirme en aire

volar libremente

fluctuar con las fuerzas

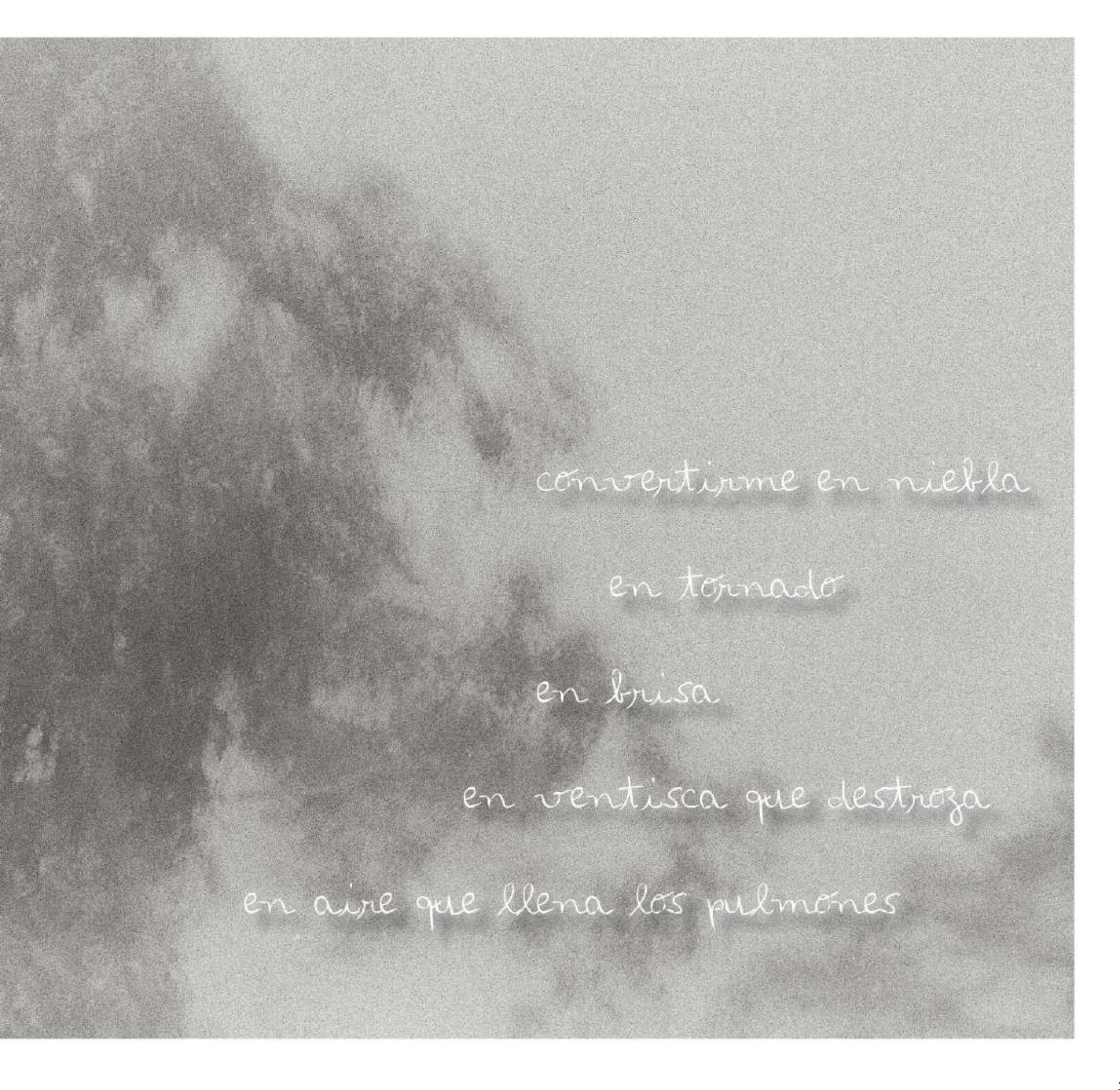
estrellarme para redireccionarme

siguiendo mi camino

hacia las moñtanas

hacia las nubes

o hacia el oceano


convertirme en niebla
en tornado
en brisa
en ventisca que destroza
en aire que llena los pulmones

Un hálito

Una brisa a miles de metros de altura te consume los pulmones.
Te ahoga y te deja con ojos de terror.

Una brisa nace del mar
cuando llega a su fin
en la pared rocosa del acantilado
asusta a las aves y retumba en las cuevas.
Nuestros sueños acaban con tal estruendo barridos por la corriente.

Una brisa recorre el valle más pequeño que lleva a tu corazón.
Un suspiro que aviva el fuego.

Escribo y nombro sin pista alguna.
Las brisas que deseo emular se ríen de mí,
expulso todo lo que llena mis pulmones.
Mis nostalgias se desvanecen.

Aguanto lo que más puedo
y aspiro lo único que sé puedo controlar:
Un hálito de vida

Huella de aire

*

Borde, rotundo borde y arrimo,
afuera, en la mudez, espera un augurio
donde tu respiración salta con el viento. // Y con un sonido encogido,
la densidad de ser domésticos
nos espera en una montaña.

*

Inesperada y querida silueta,
he visto la huella de aire que reduce mis señales,
detrás de las tuyas,
mientras espero en tu ritmo
el cálido vapor que se levanta del asfalto.

*

Y en el surco que ha dejado tu pisada,
sobre la hierba tosca y verde,
se ha construido un contorno de hogar

que trae la brisa en el tiempo de una danza

entregado el ímpetu

a la moneda que no cae en ninguno de sus lados.

*

Y yo piso donde tú pisas, y yo comparto el temblor del aura,

y la ciudad, que ha sido arrojada al sur por el ciclón

hace que brille

la suerte de haberte conocido;

tras la promesa de hallarnos

en el soplo vigoroso

que fue brotar.



Entre los dos queda brisa

Estimado,

Traté de buscar la densidad del aire en Madrid y no encontré nada. Le confieso que durante muchos meses me consolaba con la idea de que nos embriagaba un mismo cielo. Le confieso que esa idea se oxido con el tiempo. Un tiempo que dejó de darse en segundos, minutos, horas... para mudarse al espacio que me sobra de la cama, el que circula por mi sangre.

Las cosas no han cambiado. Mis mañanas amanecen arropadas con tu atardecer, el deseo de caminar al revés para llegar a tu ventana se va haciendo inútil en mi boca de tanto masticarlo. Para las ausencias, mamá siempre me ha aconsejado que escuche mi respiración. Inhalo, exhalo, van saliendo pequeñas partículas de ti, pero el alma no queda del todo limpia.

Oigo los pasos de los pájaros que se esconden de la lluvia de hojas amarillas en el árbol que puede observarte. Entre las ramas casi secas, un pájaro emprende vuelo. Inhalo. Vuelve la memoria, me pertenecen los silencios, exhalo. Un río es como aquel pájaro sosteniendo las alas en su vuelo, toco los fragmentos sin borde de lo que queda.

Inhalo. Nada me es ajeno pero desordeno mis días, exhalo. Hemos perdido el agua, entre los dos ahora tenemos solo un océano. Inhalo. Hemos perdido los arboles por el pájaro que emigro. Mi pequeño dolor es solo un signo de dolor en tu mundo, exhalo.

Entre los dos solo queda aquello que no logramos ver. Aquello que siempre está dentro de ti, de mí, del mundo. Precipitado, embarrado, soso o somnoliento, siempre llega. La música de su silencio nos arrastra, nos perturba, taladra. Irrumpe lo que queda de vida en todas las direcciones. Bombea la memoria y los instantes más pequeños.

Es todo lo que quiero creer. Busque la densidad del aire en Envigado y no encontré nada. Hay cosas que caben en las frescas palmas de las manos pero que no podemos medir.

Siempre suyo. Inhalo.

De alguna forma, exhalo.



El aire

Una balada fantasmal

Una noche
me rompieron los pies
Otra noche
me rasgaron la piel.
En otro lugar y otro mar
desperté, otra vez.
Pesaba el aire
el desierto se enfriaba
La montaña quemaba
salí del agua.
Me empujaron
al margen
hacia el nodo del karma.
El aire, el aire
El aire, el agua
El aire, la piel.



Ahora viento

1.

Un verso de Valéry da título a la última película de Hayao Miyasaki. "El viento se levanta, hay que intentar vivir". Cuando María y yo empezamos a salir, Studio Ghibli nos ayudó a sortear los silencios. No eran silencios incómodos. Nos deseábamos mucho, y entre dos que se desean el silencio es una corriente, no un muro. Vimos la película casi al tiempo, la comentamos en la terraza de la biblioteca de UPB la tarde en que arrojamos aviones de papel y nos besamos por primera vez.

2.

En marzo murió mi abuela materna, Consuelo. Fue como si me arrancaran los pulmones. Mateo iba en moto para la clínica de Las Américas cuando me dio la noticia. En el teléfono sonábamos calmados, procurando cuidarnos mutuamente. Me pidió que le pasara a María. Libre de la llamada entré a la cocina. "Se murió mi abuela", murmuré, y caí de rodillas gimiendo. Le di un cabezazo al piso. Uno solo. Luego me paré, respiré profundo, y salí para recibirle a María el celular. Recuerdo que respiré profundo. Desde entonces no hago otra cosa que respirar profundo.

3.

El apartamento es sumamente ventilado. Las ventanas, a las que se les caen pedazos del empaque, ululan cuando el viento sopla con fuerza. Con María bromeamos diciendo que es una casa muy fresca las tardes en que algún ventarrón nos desordena los papeles y nos obliga a cerrar el balcón. Se siente como andar dentro de una pintura de Turner, a veces las ráfagas interrumpen la conversación. Mantener los espacios ventilados es una de las recomendaciones para prevenir los contagios. Otra de las recomendaciones es evitar reunirse con personas con las que no se conviva. Llevaba dos meses sin ver a mi abuela. No la veré nunca más.

4.

Cuando Ulises desciende al Hades descubre que su madre ha muerto. La sombra de Anticlea se presenta entre las primeras sombras que se acercan al héroe, atraída por el olor de la sangre. Ulises no puede dejar que beba hasta que haya bebido Tiresias. Cuando finalmente permite a su madre beber, ella gana el don de la voz. Madre e hijo hablan. Madre e hijo lloran. Ulises intenta abrazar a Anticlea, pero su abrazo la atraviesa. Como si fuera una sombra o un sueño. La escena, sino fuera tan dolorosa, sería cómica: en tres ocasiones Ulises avanza y cierra sus brazos, frustrado, abrazando sólo viento.

5.

En la mesa del comedor creamos un altar. Una foto de mi abuela, una vela encendida en un plato con agua. La llama de la vela tiembla, danza, se estira, se encoje, murmura, esquiva, se agita, se llena, se estrecha, vibra, canta, oscila, se dobla, converge, estalla, susurra, trepida, palpita, tirita, baila, soslaya, evade, se hincha. La llama de la vela es una vela y la vela es el navío. El viento agita la llama como el viento empuja las velas. El viento y el mar, en la mesa del comedor, frente a ella.

6.

El poema de Valéry se titula El cementerio marino. Es imposible no pensar en el viento cuando se está frente al mar. El mar es mar por las olas. Las olas son olas por el viento. La nave de los feacios en la que Ulises regresa a casa tiene siempre el viento a favor. Veinte años después lo dejan dormido en las playas de Ítaca. Volvemos a casa soñando. Todavía no sueño con mi abuela. Soñaré con ella, estoy seguro. La veré. Estará tejiendo. Luego se irá desvaneciendo, y estará en ninguna parte, y estará en todas partes. Rodeándome. Entrando por el balcón. Desordenando los papeles. Acariciándome el pelo.

7.

El viento se levanta. Hay que intentar vivir.



O

o

0

C 0

U

0

o

O

O

o

0

C 0

U

0

o

O

Corrientes de aire

fue posible gracias a

- **Polufonía** (BOG, COL) Portada y contraportada
  Vestigios
  Técnica: rapidógrafo sobre papel
  Instagram: @poludrawsbad

- **Manuel Kalmanovitz** (BOG, COL) 7-11
  La cometa
  Técnica: cuento e ilustración
  Twitterr: @mkal121

- **Lony Welter** (BOG, COL) 12
  Nubes en el tiempo
  Técnica: poesía

- **Fernando Fernández** (Belmira, COL) 13
  Vientos
  Técnica: fotografía con cámara DSLR
  Instagram: @fernandofr.1

- **Lony Welter** (BOG, COL) 14-15
  Del padre y un hijo
  Técnica: poesía

- **Andrómeda con Tinta** (MED, COL) 16
  Patio de juego II
  Técnica: collage digital
  Instagram: @andromedacontinta + @andromedaconcamara
  VSCO: https://vsco.co/andromedacontinta/gallery

- **Noa Rueda** (BGA, COL) 17-18
  Silencio
  Técnica: texto + ilustración (acrílico sobre lienzo)
  Instagram: @ochreii

- **Gabriel Infante** (BGA, COL) 19-20
  Tormenta
  Técnica: texto

- **Mutantoide** (BOG, COL) 21-24
  Albahaca fresca + vaporgrama
  Técnica: texto e ilustración
  Instagram: @arte.mutantoide

- **Kimia** (BOG, COL) 25
  Atmósfera
  Técnica: collage digital
  Instagram:@kimia.collage

- **Manuela Figueroa** (BOG, COL) 26-27
  Donaire
  Técnica: texto
  Instagram: @elafigueroa

- **Somormujo** (BOG) 28-29
  Quiero escribir el viento que sale de mi boca cuando nombro
  Técnica: poesía

- **Paola Donato** (Ros ton del don, Rusia) 30-31
  Proyecto diáspora (diario de dispersión)
  Técnica: mixta
  Instagram: @cpaodc

- **Pat Narval** (BOG, COL) 32
  Serie «Aviria»: orca, yubarta, manta raya y pez volador
  Técnica: mixta: fotografía + dibujo
  Instagram: @slackerose + @whalemon_ / Twitter: @orchidirt

- **David Adams Rico** (BOG, COL) 33
  Vivos y muertos
  Técnica: poesía
  Instagram: @adamsdavid92

- **Aguadora** (BOG, COL) 34-35
  Cuando no pertenezco quisiera ser aire
  Técnica: fotografía análoga y poesía
  Instagram: @hilandoniebla

- **Alaraph** (MED, COL) 36
  Un hálito
  Técnica: poesía
  Instagram: @KashikoAkarui

- **Desideré Mer** (CHOACHÍ, CUND) 37-38
  Huella del aire
  Técnica: poema - garabato

- **Sebastián Castro Zapata** (ENV, COL) 39-40
  Entre los dos queda brisa
  Técnica: narrativa
  Instagram: @sebastianczzz + https://labuhardilladesebas.medium.com/

- **Neufa** (PER, COL) 41
  Wayta para (flor de lluvia)
  Técnica: tinta china sobre papel
  Instagram: @kichkanue

- **Hardware Punk: Mona herbe & Paul Fase**l (MED, COL) 42-43
  El aire, una balada fantasmal
  Técnica: canción
  Instagram: @hardwarepunk + @mona.herbe + @paul.fasel

  Hardwarepunk es una dúo conformado por Paul Fasel (máquinas, bajo y guitarra) y Mona Herbe (letras, voz y sintetizador) que utiliza solo hardware e instrumentos para producir sus sonidos. Su único dogma consiste en no usar software ni computadores asumiendo una postura de resistencia frente a la industria musical actual.

  «El Aire, una balada fantasmal» hace parte de su primer EP que está en camino.

- **Lucas Vargas Sierra** (MED, COL) 44-46
  Ahora viento
  Técnica: ensayo
  Instagram @bufoneremita + Twitter: @bufoneremita

- **Pirata Espacial** (MED, COL) 47
  Vientos que son olas transatlánticas
  Técnica: videocolash
  Instagram: @nosoydeporaca

Este fanzine se terminó de editar el mes en el que decenas de revueltas populares estallaron en Colombia después de décadas y décadas de violencia a manos del Estado.

En el intermedio los puntos también se unieron: la estatua de Gonzalo Jiménez de Quesada fue derrumbada por integrantes del pueblo Misak; Belalcázar y Jiménez de Quesada, ahora son recuerdo yerto que no se erige más.

La Avenida Misak hoy es un hecho.



